

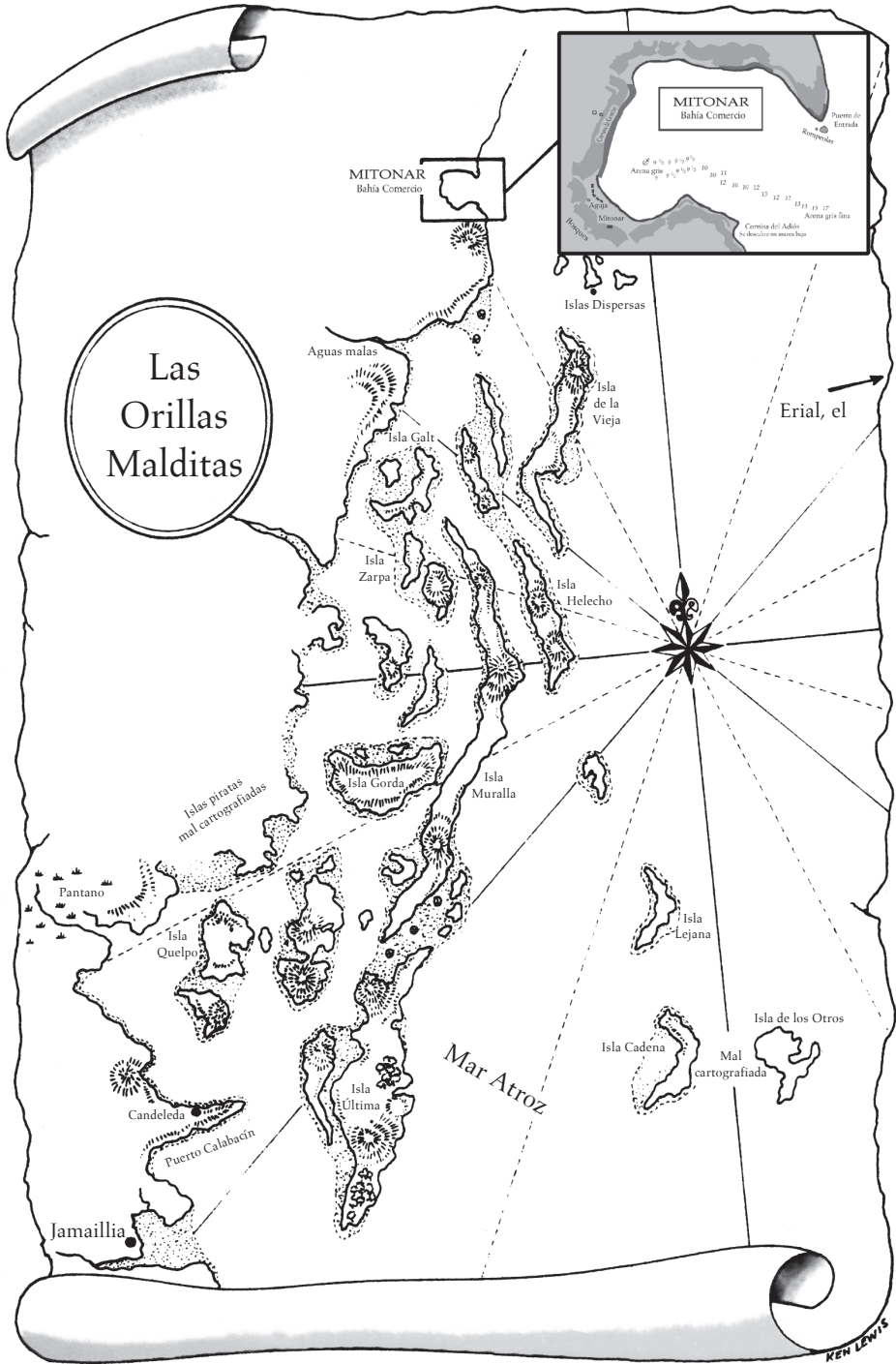
Las naves del destino

Robin Hobb

Traducción:
Fanny Hernández Brotons



Este es para Jane Jonson y Anne Groell. Por preocuparse lo suficiente como para convencerme de que había acertado.



KEN LEWIS

El final del verano

Prólogo

La Que Recuerda

Se preguntaba a qué se habría parecido el ser perfecta.

El día en que salió del cascarón, fue capturada antes de haber podido arrastrarse sobre la arena hasta recibir el abrazo del mar, salado y fresco. La Que Recuerda estaba condenada a rememorar cada detalle de aquel día con claridad. Aquella era su función, la razón de su existencia. Era una nave para los recuerdos. No era solo su propia vida la que estaba anidada dentro de ella desde el momento en que empezara a formarse en el huevo, sino que también lo estaban las vidas conectadas de aquellos que murieron antes que ella. De huevo a serpiente, a capullo, a dragón, a huevo, poseía todo recuerdo de la evolución de su especie. No todas las serpientes estaban tan bien dotadas, o tan cargadas de información. Relativamente pocas llevaban gravada la plena memoria de su especie, solo se precisaba de algunas de ellas.

Su debut había sido perfecto. Su cuerpo liso y menudo, flexible y escamado, había estado perfecto. Se había abierto paso fuera del caparazón de piel, gracias a su único diente. El suyo era un nacimiento tardío. Los demás ya se habían liberado de sus cáscaras y de los áridos montículos de arena. Le habían dejado sus ondulantes trazadas para que las siguiera. El mar la había llamado insistentemente. Se dejó engañar por cada abrazo de las olas. Había comenzado su viaje deslizándose por entre la arena seca, bajo el sol abrasador. Había saboreado el húmedo regusto del océano. La luz cambiante en su deslumbrante superficie la había atraído.

Nunca había terminado su viaje.

Las Abominaciones la habían encontrado. La habían rodeado interponiendo sus pesados cuerpos entre ella y el mar que la llamaba. Arrancada de la arena, había sido hecha prisionera en un estanque alimentado por la marea, en el interior de una cueva del acantilado. Allí la habían retenido, alimentándola únicamente a base de cosas muertas, y sin permitirle jamás nadar en libertad. Nunca había emigrado a los cálidos mares del sur, donde la comida era abundante. Nunca había conseguido el volumen y la fuerza que una vida en libertad le habría dado. No obstante creció, hasta que el estanque de la cueva resultó ser poco más que un charquito para ella, un espacio apenas suficiente para mantener mojadas su piel y sus branquias. Sus pulmones estaban siempre oprimidos, dentro de su cuerpo plegado. El agua que la rodeaba estaba constantemente contaminada por sus

venenos y sus defecaciones. Las Abominaciones la habían mantenido prisionera durante mucho tiempo.

¿Cuánto tiempo hacía que la habían confinado allí? No podía calcularlo, pero estaba segura de que había permanecido cautiva durante varios de los ciclos de vida ordinarios de su especie. Una vez tras otra, había sentido la llamada en la estación de las migraciones. Una revolución interior, ligada a un profundo deseo de buscar a los de su especie. Las glándulas venenosas del interior de su garganta se habían hinchado y le habían dolido horrores. En esos momentos, se le hacía imposible descansar: sus recuerdos, que pedían a gritos ser liberados, no se lo permitían. Se había revuelto con impaciencia en el diminuto estanque. Permanecer allí era todo un suplicio, por lo que había jurado vengarse de las que la mantenían así retenida. Era en aquellos momentos cuando su odio se volvía más salvaje. Cuando sus glándulas rebosantes de recuerdos ancestrales contaminaron las aguas, cuando las aguas quedaron tan repletas de pasado tóxico que sus jadeantes branquias se envenenaron con la historia, solo entonces, llegaron las Abominaciones. Fueron hasta su cárcel para respirar las aguas de su estanque, hasta emborracharse de ellas. Una vez ebrias, se hicieron delirantes predicciones las unas a las otras, bajo la luz de la luna llena. Robaron los recuerdos de su especie, y los utilizaron para extrapolar el futuro.

Después de aquello, el bípedo Wintrow Vestrit la había liberado. Había venido a la isla de las Abominaciones para entregarles los tesoros del mar que habían sido arrastrados hasta la costa. A cambio, había esperado que le pronosticaran su futuro. Pensar en ello todavía hace que sus glándulas se llenen de veneno. ¡Las Abominaciones solo podían hacer profecías si le robaban sus recuerdos! No tenían verdaderas dotes de videncia. Si las hubieran tenido, habrían sabido que el bípedo las llevaría a su perdición, pensaba ella. Habrían detenido a Wintrow Vestrit. En lugar de eso, él la había descubierto y la había liberado.

Aunque sus pieles hubieran estado en contacto, aunque sus recuerdos se hubieran mezclado a través de las toxinas de ella, no había llegado a comprender qué fue lo que motivó al bípedo a liberarla. Era una criatura de vida tan corta que la mayoría de sus recuerdos ni siquiera le hicieron mella. Había sentido su preocupación y su dolor. Había comprendido que el bípedo había arriesgado su corta existencia para liberarla. Su valor la había conmovido. Había asesinado a las Abominaciones cuando estas los habían capturado de nuevo. Luego, cuando el bípedo había desfallecido en el mar en el que ella se nutría, lo había ayudado a regresar a su nave.

Ella, La Que Recuerda, abrió ampliamente sus branquias una vez más. Sintió el misterio en las olas. Había devuelto al bípedo a su embarcación, y esa embarcación la asustaba a la vez que la atraía. El casco gris plateado de la nave dejaba un rastro de olor en las aguas que tenía delante. Lo siguió, mientras sorbía unos evasivos recuerdos de intenso sabor.

La nave no desprendía olor a nave, sino que olía como lo haría uno de su especie. Ya llevaba doce mareas siguiéndola, y no estaba más cerca de desentrañar el misterio que había en torno a ella. Sabía bien lo que eran las naves; los Ancianos las habían tenido, pero no eran como esta. Sus recuerdos de dragona

le contaron que, a menudo, su especie había sobrevolado ese tipo de naves, y había conseguido que se tambalearan salvajemente, al jugar con las ráfagas de viento que formaban con sus amplias alas. Los barcos no deberían ser un misterio, pero este sí que lo era. ¿Cómo podía una nave desprender el mismo olor que una serpiente? Y más que eso, pues no olía como una serpiente ordinaria. Olía como Una Que Recuerda.

De nuevo, el deber tiró de ella: era un instinto más fuerte que el de comer o el de reproducirse. Era la llamada del tiempo, y del tiempo pasado. En aquel instante, tendría que haber estado entre los de su especie, guiándolos por la senda de la migración que tan bien tenía almacenada entre sus recuerdos. Alimentaría los recovecos de sus memorias con potentes toxinas que despejarían sus recuerdos durmientes hasta producirles insomnio. El imperativo biológico hacía que le hirviese la sangre. Era el tiempo del cambio. Maldijo otra vez su encorvado cuerpo, verde y oro, que se encogía y se estiraba tan torpemente. No tenía ninguna resistencia física. Le era más fácil nadar dentro de la estela de la nave, para que la marcha de esta la ayudara a avanzar por las aguas.

Estableció un compromiso consigo misma. Mientras que el recorrido de la nave de plata se ajustara al suyo, la seguiría. Utilizaría su impulso para ayudarse a avanzar mientras ganaba fuerza y resistencia por su cuenta. Meditaría acerca del misterio y lo resolvería si podía. Pero no dejaría que ese rompecabezas la distrajera de su principal objetivo. Cuando llegaran cerca de la costa, ella dejaría la nave y trataría de hallar a los de su especie. Encontraría marañas de serpientes y las guiaría por el río grande hasta la tierra de los capullos. Al año siguiente, por estas fechas, jóvenes dragones ensayarían sus alas en los vientos del verano.

En definitiva, se había prometido a sí misma que seguiría a la nave durante las doce primeras mareas. Durante la subida de la decimotercera marea, un sonido extraño y a la vez desgarradoramente familiar hizo vibrar su cuerpo. Era la llamada de una serpiente. Se separó de inmediato de la estela de la nave y se sumergió en las profundidades, lejos de las distracciones de las olas de la superficie. La Que Recuerda emitió una respuesta, y luego guardó silencio, expectante. No le llegó ninguna contestación.

Sintió el peso de la decepción. ¿Acaso los había defraudado? Durante su cautiverio, había habido periodos en los que había gritado una y otra vez, dejando salir su sufrimiento hasta que las paredes de la caverna resonaran con él. Rememorar aquella amargura la hizo parpadear brevemente. No se atormentaría. Abrió los ojos sobre su soledad. Se decidió a seguir de nuevo a la nave, pues representaba el único pálido esbozo de compañerismo que había conocido.

La pausa momentánea solo la había vuelto más consciente de las limitaciones de su cuerpo extenuado. Precisó de toda su fuerza de voluntad para salir adelante. Un instante después, cuando una serpiente blanca pasó por su lado a la velocidad del rayo, todo su agotamiento se esfumó. La serpiente blanca no pareció advertir su presencia, concentrada como estaba en seguir a la nave. Su extraño olor debía de haberla confundido. Sus corazones latieron salvajemente.

—¡Aquí estoy! —gritó tras su paso—. Aquí. Soy La Que Recuerda. ¡Por fin te he encontrado!

El macho blanco nadó ondulando sin esfuerzo su pálido y grueso cuerpo. Ni siquiera giró la cabeza hacia la que lo llamaba. Lo primero que hizo fue quedarse mirándolo, conmocionada, y luego se apresuró tras él, olvidando temporalmente su agotamiento. Se arrastró tras el blanco, jadeando por el esfuerzo.

Lo encontró siguiendo de cerca a la nave. Se deslizaba por debajo de ella, en su sombra, emitiendo incomprensibles murmullos y chillidos junto a las tablas del casco del navío. Tenía la melena semirrecta, y las aguas, a su alrededor, habían sido tintadas por una nube de toxinas. Poco a poco, mientras observaba esas acciones sin sentido, el horror fue creciendo dentro de La Que Recuerda. Desde lo más profundo de su alma, cada uno de sus instintos la prevenía contra la serpiente blanca. Tan extraño comportamiento debía de significar o bien enfermedad, o bien locura.

Pero era el primero de su especie al que había visto desde el día en que salió del cascarón. La atracción por esa relación de parentesco era mayor que cualquier repulsa, por lo que se acercó cautelosamente a él.

—Saludos —aventuró tímidamente—. ¿Buscas a Una Que Recuerda? Yo soy una.

En respuesta, los grandes ojos rojos de él giraron cada uno para un lado, y le lanzó un chasquido a modo de advertencia.

—¡Mía! —proclamó con voz ronca—. Mía. Mi comida. —Presionó su melena erecta contra la nave, dejando que se filtraran las toxinas en su casco—. Aliméntame —le exigió a la nave—. Dame comida.

Ella se retiró deprisa. La serpiente blanca proseguía su búsqueda animal a lo largo del casco de la nave. La Que Recuerda sintió la inquietud del navío. Curioso. Toda aquella situación era tan extraña como los sueños y, al igual que en los sueños, la atormentaban los significados posibles y los entendimientos a medias. ¿Podía la nave reaccionar contra las toxinas y las exigencias de la serpiente blanca? No, aquello era ridículo. El olor misterioso de la nave los estaba confundiendo a ambos.

La Que Recuerda se sacudió su melena, y sintió cómo se llenaba de potente veneno. Aquel acto le proporcionó una sensación de poder. Se situó a la altura de la serpiente blanca para luchar contra ella. Él era más ancho que ella y más musculoso; estaba en buena forma física y mental. Pero eso no importaba. Ella podía matarlo. A pesar de su cuerpo atrofiado e inexperto, podía paralizarlo y enviarlo al fondo del mar. En ese momento, a pesar de la fuerte intoxicación debida a las secreciones de su propio cuerpo, supo que su poder era aún mayor: podía iluminarlo y hacer que viviese.

—¡Serpiente blanca! —gritó—. ¡Escúchame! Tengo recuerdos que compartir contigo, recuerdos de todo lo que nuestra raza ha sido, recuerdos que se anclarán en tu memoria. Prepárate para recibirlos.

No prestó atención a ninguna de sus palabras. No se preparó para recibir nada, pero a ella no le importó. Este era su destino. Por esto era por lo que había salido del cascarón. Él sería el primer destinatario de su don, tanto si lo quería como si

no. Torpemente, con la dificultad que le suponía el mover su cuerpo atrofiado, se lanzó contra él. Él se giró en la dirección del ataque, con la melena erecta, pero ella ignoró sus toxinas. Con la ayuda de un buen empujón, lo envolvió entre sus miembros y se sacudió la melena, al tiempo que soltaba el tóxico más potente de todos: los venenos profundos que dominaban su mente por unos momentos y dejaban que aflorara el espíritu que estaba escondido detrás de su vida. Él luchó desesperadamente, pero, de repente, se quedó tieso como un tronco. Sus ojos giratorios de rubí se hicieron aún más grandes, pero no parpadeó. Los ojos, por la conmoción, le sobresalían de las cuencas. Intentó, en vano, coger un último aliento.

Era todo lo que ella podía hacer para retenerlo. Envolvió la longitud de su cuerpo en el suyo propio, y lo mantuvo así mientras se movía en las aguas. La nave comenzó a alejarse de ellos, pero ella la dejó ir, casi de buena gana. Esta serpiente era más importante que todos los misterios que concernían a la nave. La mantuvo contra su cuerpo, retorciéndole el cuello para verle el rostro. Vio como giraban sus ojos, y como crecían de nuevo. Lo retuvo mientras atravesaba la historia de un millar de vidas, y se ponía al corriente del pasado de toda su raza. Por un momento, lo dejó impregnarse de esa historia. Luego, lo extrajo cuidadosamente de allí, liberando toxinas menores que calmaban lo más profundo de su mente, e iban dejando que su breve existencia volviera al primer plano de sus pensamientos.

—Recuerda. —Murmuró la palabra con suavidad, cargándolo con la responsabilidad de todos sus antepasados—. Recuerda y sé. —Se quedó tranquilamente enroscado. De repente, cuando un temblor le recorrió todo el cuerpo, ella sintió que sus recuerdos lo poseían de nuevo. Sus órbitas giraron y se centraron en las de ella. Levantó su cabeza. Ella esperó su agradecimiento y su veneración.

La mirada con la que se encontró la acusaba.

—¿Por qué? —preguntó de repente—. ¿Por qué ahora, cuando es demasiado tarde para todos nosotros? ¿Por qué no podía morir ignorando todo lo que habría podido ser? ¿Por qué no me dejaste seguir siendo una bestia?

Sus palabras la chocaron tanto que relajó la fuerza que ejercía sobre él. Se desprendió de su abrazo, desdefiosamente, y una vez libre, se alejó de ella como una bala. No estaba segura de si se fugaba, o de si simplemente la abandonaba. Cualquiera de las dos opciones era intolerable. El despertar de sus recuerdos debería haberlo llenado de alegría y determinación, y no de desesperación y rabia.

—¡Espera! —gritó tras él, pero las oscuras profundidades ya se lo habían tragado. Se retorció patosamente tratando de seguirle, sabiendo bien que no podría rivalizar con su velocidad.

—¡No puede ser demasiado tarde! Y además, ¡qué importa, tenemos que intentarlo! —Exclamó las palabras inútiles en la plenitud del vacío.

La había dejado atrás. Estaba sola otra vez. Se negaba a aceptarlo. Su cuerpo atrofiado luchaba por mantenerse a flote, su boca abierta buscaba el sabor que el rastro de él había ido dejando. Era débil, cada vez menos intenso, y finalmente desapareció. Él era demasiado veloz, y ella estaba demasiado deformada. Afloró

su desesperación, casi tan contundentemente como sus venenos. Probó el agua otra vez. No quedaba en ella ningún regusto de serpiente.

Fue trazando arcos en las aguas, cada vez más amplios, en un intento desesperado por recuperar el rastro. Cuando finalmente lo encontró, ambos corazones latieron con determinación. Se dio impulso con la cola para ponerse a su nivel.

—¡Espera! —le gritó—. Por favor, ¡tú y yo somos la única esperanza para nuestra especie! ¡Tienes que escucharme!

De repente, el regusto a serpiente se intensificó. La única esperanza para nuestra especie. Aquel pensamiento parecía llegar hasta ella flotando sobre el agua, como si las palabras hubiesen sido expiradas en el aire, en vez de clamadas en las aguas. Eran los únicos ánimos que necesitaba.

—¡Voy hacia ti! —prometió, y se encaminó tenazmente hacia él. Pero cuando alcanzó el origen del olor a serpiente, no vio más criatura que un casco de plata surcando las olas que tenía encima.

El río Pluvia

Malta hundió su remo provisional en las brillantes aguas, y empujó fuerte. Poco a poco, la barca fue avanzando. Rápidamente, cambió el tablón de cedro al otro lado de la nave, y frunció el ceño cuando vio que habían caído gotas de agua dentro de la barca. No podía evitarlo. El tablón era lo único que tenía para hacer de remo, y no podía remar siempre por el mismo lado porque eso solo los haría girar en círculos. Se negó a imaginarse como, en ese mismo instante, las gotas ácidas se estarían comiendo el suelo de la barca. Un poquito de agua del río Pluvia no podía causar muchos daños. Quería creer que el polvoriento metal blanco que recubría la barca impediría que el río la devorara, pero no tenía ninguna garantía de ello. Alejó el pensamiento de su cabeza. No había mucho camino por hacer.

Le dolían todos los miembros. Había estado remando durante la noche, intentando llevarlos de vuelta a Casárbol. Sus agotados músculos se estremecían con cada esfuerzo que les exigía. No queda mucho, se dijo de nuevo a sí misma. Sus avances habían ido mermando poco a poco. Le dolía abominablemente la cabeza, pero lo peor, sin duda, era lo que le picaba la cicatriz de la herida que tenía en la frente. ¿Por qué nunca tenía una mano libre para rascarse cuando más le dolía la cicatriz?

Maniobró el pequeño barco de remo por entre los inmensos troncos y las raíces enmarañadas de los árboles que bordeaban el río Pluvia. Aquí, bajo la densa cobertura de la selva tropical, el cielo nocturno y sus estrellas no parecían más que un mito, que raramente se volvía real. Sin embargo, a través de los troncos y las ramas, Malta podía ver un brillo intermitente. Las luces de Casárbol, la ciudad nacida entre los árboles, la guiaban hacia el calor, la seguridad y, por encima de todo, hacia el descanso. A su alrededor aún reinaba una profunda oscuridad, pero los cantos de los pájaros en las copas de los árboles ya la avisaban de que, por el este, el amanecer estaba llenando el cielo de luz. La luz del sol no penetraría aquella densidad hasta más tarde y, cuando lo hiciese, esos verdosos rayos de luz filtrada no serían más que una mala imitación de lo que era verdaderamente la luz del sol. Allí donde el río se abría camino por entre los gruesos árboles, el día se llenaría de reflejos de plata sobre las aguas lechosas del ancho canal.

De repente, el morro de la barca de remo se enganchó con la terminación de una raíz oculta. Otra vez. Malta se mordió la lengua para no gritar de frustración. Abrirse paso en las aguas poco profundas era como guiar la nave por un laberinto

enterrado. Una y otra vez, montones de escombros o de raíces ocultas la habían desviado de su camino. Pero las tenues luces que tenía delante parecían más cercanas ahora que cuando habían iniciado el camino. Malta se inclinó sobre el lateral para deshacerse del obstáculo con la ayuda de su tablón. Entre gruñidos, empujó y liberó la barca. Hundió de nuevo su remo, y la barca rodeó el obstáculo oculto.

—¿Por qué no remas por aquí, donde los árboles son más finos? —preguntó el sátrapa. El antiguo soberano de toda Jamaillia estaba sentado en la popa del barco, con las despellejadas rodillas casi a la altura de la barbilla, mientras que su compañera Kekki, asustada, estaba acurrucada en la proa. Malta no giró la cabeza.

—Cuando estés dispuesto a coger el tablón y a ayudar a remar o a gobernar el barco, podrás opinar. Hasta entonces, cállate —dijo con frialdad. Estaba harta de las órdenes del joven sátrapa y de su completa inutilidad para cualquier tarea manual.

—Cualquier tonto se daría cuenta de que hay muchos menos obstáculos allí. Podríamos ir más deprisa.

—Oh, más deprisa —añadió Malta en tono sarcástico—. Sobre todo, si la corriente nos arrastra hacia el centro del río.

El sátrapa suspiró, exasperado.

—Estamos por encima del nivel de la ciudad, así que la corriente está a nuestro favor. Podríamos aprovecharnos de ello para dejarnos transportar hasta donde quiero ir, y llegar mucho más deprisa.

—También podríamos perder el control del barco por completo, y pasarnos de largo.

—¿Queda mucho? —preguntó Kekki, entre penosos lloriqueos.

—Puedes verlo igual que yo —replicó Malta—. Una gota de agua le cayó en la rodilla mientras cambiaba el remo de lado. Primero le hizo cosquillas, luego le picó y le escoció. Se tomó un momento para limpiarla con el dobladillo harapiento de su vestido. El tejido quedó marcado. Estaba tan asqueroso como durante su larga lucha de la noche anterior, por las salas y los pasillos de la sepultada ciudad de los Ancianos. Habían ocurrido tantas cosas desde entonces que parecía que hubieran pasado miles de noches. Los acontecimientos se revolvieron en su mente cuando intentó recordarlos. Se había metido en el túnel a enfrentarse con la dragona, para que dejara en paz a Reyn. Pero estalló el terremoto, y luego, cuando había encontrado a la dragona... En ese punto, perdió el hilo de sus recuerdos. La dragona escondida había abierto la mente de Malta a todos los recuerdos almacenados en esa cámara de la ciudad. Se había visto inundada por las vidas de aquellos que vivieron allí, ahogada en sus recuerdos. Desde ese instante hasta el momento en que había guiado al sátrapa y a su compañera hasta el exterior del laberinto enterrado, todo estaba envuelto por la neblina y la ensañación. Tan solo ahora estaba entendiendo que los comerciantes de los Territorios Pluviales habían escondido al sátrapa y a Kekki para protegerlos.

¿O acaso se habían escondido ellos mismos? Posó fugazmente su mirada sobre Kekki, que seguía en la proa, acobardada. ¿Habían estado protegiendo a huéspedes o a rehenes? Puede que un poco de ambas cosas. Se dio cuenta de que comprendía

totalmente a los habitantes de los Territorios Pluviales. Cuanto antes les devolviera la custodia del sátrapa Cosgo y de Kekki, mejor sería. Eran valiosas mercancías que podían ser empleadas contra los jamaillios, los nuevos mercaderes, o los chalazos. Cuando había conocido al sátrapa, en el baile, se había dejado deslumbrar un breve instante por su poderosa apariencia. Ahora sabía que su elegante vestimenta y sus maneras aristocráticas no eran más que una capa de barniz aplicada a un chico inútil y superficial. Cuanto antes se deshiciese de él, mejor.

Centró su atención en las luces de allá delante. Cuando había guiado al sátrapa y a su compañera hasta el exterior de la sepultada ciudad de los Ancianos, se habían encontrado con que estaban lejos del lugar por el que Malta había accedido primeramente a las ruinas subterráneas. Una gran extensión de lodo y de aguas pantanosas los separaba de la ciudad. Antes de ponerse en marcha, Malta había esperado a la oscuridad y a las luces de la ciudad para que los guiaran en su viaje a bordo del viejo barco de salvamento. Ahora, el alba amenazaba y ella todavía seguía la llamada de la linterna de Casárbol. Deseaba fervientemente que su sufrida aventura estuviera llegando a su fin.

La ciudad de Casárbol estaba situada entre las ramas de enormes troncos de árboles. Las casas más pequeñas colgaban oscilantes de las ramas más altas, mientras que las de las familias más numerosas se encontraban entre tronco y tronco. Enormes escaleras rodeaban los troncos, y en sus rellanos había espacio para mercaderes, músicos, y ladrones. Bajo la ciudad, las tierras estaban sometidas a una maldición doble: eran pantanosas y también inestables, en esta región propensa a los temblores. Los pocos pedazos de tierra que estaban completamente secos eran, en su mayoría, pequeñas islas formadas alrededor de la base de un árbol.

Gobernar el barquito hasta la ciudad, por entre los altísimos árboles, era como maniobrar alrededor de inmensas columnas en algún olvidado templo sagrado. El barco se enganchó otra vez contra algo. Las aguas chocaban contra él. No parecía una raíz.

—¿Con qué nos hemos enganchado? —preguntó Malta, tratando de mirar hacia allí.

Kekki ni siquiera se volvió para mirar, sino que permaneció encorvada, sobre sus rodillas dobladas. Parecía asustarla el tener que poner sus pies en el suelo del barco. Malta suspiró. Empezaba a pensar que algo no funcionaba bien en la mente de la compañera. O bien los acontecimientos del día anterior habían trastornado sus sentidos, o bien, pensando mal, siempre había sido estúpida y las adversidades habían hecho que eso saliera a relucir. Malta dejó su tablón en el suelo del barco, se agachó y se desplazó despacio hasta la parte delantera del barco. El balanceo que esto creaba hizo que tanto el sátrapa como Kekki gritaran alarmados. Los ignoró. Desde más cerca, podía ver que el morro del barco estaba atascado por culpa de un montón de ramillas y otros escombros del río, cuya extensión era difícil de adivinar en la penumbra. Supuso que algún efecto de la corriente los habría arrastrado hasta allí y que se habían ido acumulando en aquella maraña flotante. Era demasiado espesa como para hacer que el barco la atravesara.

—Tendremos que rodearla —anunció a los demás—. Se mordió el labio. Esto significaba que debían aventurarse más cerca del canal central del río. Bueno, como había dicho el sátrapa, cualquier corriente con la que se encontraran los arrastraría río abajo hacia Casárbol, no lejos de la ciudad. Puede incluso que le facilitara su desagradecida tarea. Apartó sus miedos a un lado. No sin dificultad, alejó la barca de remo del montón de escombros y fue hacia el canal principal.

—¡Esto es intolerable! —exclamó de pronto el sátrapa Cosgo—. Estoy sucio, me han mordido los insectos, tengo hambre y sed. Y los colonos de los Territorios Pluviales tienen la culpa de todo. Dijeron que me habían traído aquí para protegerme. Pero desde que estoy bajo su poder, no he sufrido más que abusos. Le han hecho una afrenta a mi dignidad, han comprometido mi salud, y puesto en peligro mi vida. No hay duda de que intentan hacerme daño, pero no voy a ceder ante este maltrato a mi persona. Todo el peso de mi cólera caerá sobre esos mercaderes de los Territorios Pluviales, quienes, se me ocurre, se han establecido aquí ¡sin ningún tipo de reconocimiento oficial de estatus! No tienen derechos legales sobre los tesoros que han estado desenterrando y vendiendo. No valen más que los piratas que infestan el Paso Interior, y deberían ser tratados como ellos.

Malta encontró aliento para resoplar burlonamente.

—No estás en buena posición para ladrarle así a nadie. En realidad, estás confiando en su buena voluntad mucho más de lo que ellos han confiado en la tuya. Qué fácil habría sido para ellos venderte al mejor postor, sin cuidar de que el comprador pudiese o bien asesinarte, o bien mantenerte retenido, o bien devolverte a tu trono. En cuanto a sus derechos sobre estas tierras, el asunto se remonta directamente a la decisión de tu antepasado, el sátrapa Esclepius. La Carta original de los comerciantes del Mitonar solo especifica el número de hectáreas de tierra a los que cada colono tiene derecho, no el lugar en el que deben asentarse. Los mercaderes de los Territorios Pluviales se plantaron aquí, mientras que los mercaderes del Mitonar se establecieron en Bahía Comercio. Las reivindicaciones de ambos son honorables y antiguas, están bien documentadas, y bajo la ley jamaillia. A diferencia de los nuevos mercaderes, no nos tragaremos tu historia.

Por un momento, solo el silencio pareció acoger el impacto de sus palabras. Después, el sátrapa forzó una sonrisa crispada.

—¡Qué divertido es oír como los defiendes! Eres toda una jovencita palurda e ignorante. Mírate, harapienta y cubierta de mugre, ¡con el rostro desfigurado por culpa de esos renegados! Y todavía los defiendes. ¿Por qué? A ver, déjame adivinar. Es porque sabes que ahora no hay un solo hombre que te vaya a querer. Tu única esperanza reside en casarte dentro de una familia en la que tus parientes estén tan desfigurados como tú, donde te puedas esconder tras un velo y nadie vea tu espantoso rostro. ¡Patético! Pero, para lo que han hecho esos rebeldes, quizá hubiera debido elegirme a ti como compañera. Davad Restart habló bien de ti, y tus patosos intentos a la hora de bailar y de conversar me parecieron entretenidos. ¿Pero ahora? ¡Puaj! —El barco osciló ligeramente debido a los gestos desdeñosos que hizo con la mano.

»No hay nada más monstruoso que una mujer bonita con la cara estropeada. Las mejores familias de Jamaillia ni siquiera te aceptarían como esclava del hogar. No cabe tanta falta de armonía en la empleada de un hogar aristocrático.

Malta se negó a mirarlo, pero podía imaginar su sonrisa de satisfacción. Intentó que su arrogancia no la llenara de rabia; se dijo a sí misma que él no era más que un chico mojigato e ignorante. Pero no había visto su propia cara desde la noche en que volcó el carruaje, cuando por poco la matan. En Casárbol, durante su convalecencia, no le dejaron un espejo. Le había dado la impresión de que su madre, e incluso Reyn, obviaban las heridas de su cara. Pero sabían que estaban allí, se lo dijo su corazón. Tendrían que afrontarlo: su madre por ser su madre, y Reyn porque se sentía responsable del accidente con el carruaje. ¿Cómo era de grande la cicatriz? Sus dedos palpaban un corte largo y dentado en su frente. Ahora se preguntaba: ¿le habría arrancado pelo? ¿Desequilibrado el rostro? Agarró fuertemente el tablón, con las dos manos, mientras removía el agua con él. No se abandonaría; no le daría la satisfacción de ver como sus dedos palpaban la cicatriz. Hizo una mueca y siguió remando.

Tras una docena de palazos la pequeña nave adquirió velocidad. Dio algunos bandazos hacia los lados, y después giró una vez sobre sí misma cuando Malta clavó el tablón en el agua, en un intento desesperado por dirigirse de nuevo hacia aguas poco profundas. Soltó su remo improvisado, y se hizo con un tablón del suelo del barco de remo.

—Tendrás que ir redirigiendo el barco mientras yo remo —le dijo al sátrapa, sin aliento—. Si no lo haces, nos veremos arrastrados hacia el centro del río.

Miró el tablón que ella había tirado hacia él.

—¿Redirigir el barco? —le preguntó, tomando la tabla a regañadientes.

Malta trató de conservar un tono de voz tranquilo.

—Hunde este tablón en el agua que vamos dejando atrás. Sujeta uno de los extremos y utiliza el tablón para devolvernos a las aguas poco profundas, mientras yo remo en esa dirección.

El sátrapa tomó la tabla entre sus huesudas manos como si no hubiera visto un trozo de madera en su vida. Malta cogió su propio tablón, lo hundió de nuevo en el agua, y se sorprendió de la repentina fuerza de la corriente. Agarró el extremo con dificultad mientras trataba de oponer resistencia al caudaloso canal, que estaba alejándolos de la orilla. La luz de la mañana los alcanzó cuando estaban saliendo de la sombra de los inmensos árboles. De repente, el sol iluminó las aguas, que emitieron un brillo insoportable después de tanta oscuridad. Detrás de ella, una exclamación de enfado coincidió con un ¡*chof!* Giró la cabeza para ver lo que había pasado. El sátrapa tenía las manos vacías.

—¡El río me lo arrancó de las manos! —se quejó.

—¡Inconsciente! —gritó Malta—. ¿Cómo podremos gobernar ahora el barco? El rostro del sátrapa se oscureció y se llenó de furia.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? Tú eres la inconsciente, por haber pensado desde un principio que tu idea valía algo. Ni siquiera tenía forma de remo. De todos modos, aunque hubiera funcionado, no lo necesitamos. Utiliza tus ojos,

chica. No tenemos nada que temer. ¡Aquí está la ciudad! El río va a llevarnos directos a ella.

—¡O nos la vamos a pasar! —le espetó Malta. Le dio la espalda, disgustada, para centrar toda su fuerza y sus pensamientos en la batalla que libraba, a una sola mano, contra el río. Levantó un instante la vista hacia el impresionante emplazamiento de Casárbol. Vista desde abajo, la ciudad flotaba entre los enormes árboles, como un castillo con muchos torreones. Sobre las aguas, un muelle largo estaba atado a un conjunto de árboles. El *Kendry* estaba amarrado allí, pero la proa de la nao rediviva estaba en el lado más opuesto a aquel en el que ellos se encontraban. Ni siquiera podía ver el sensible mascarón de proa. Remó frenéticamente.

—Cuando nos acerquemos —jadeó, entre golpes de remo—, grita pidiendo ayuda. La nave podría oírnos, y también los que estén en el muelle. Aunque la corriente nos arrastre más de la cuenta, podrán rescatarnos.

—No veo a nadie en el muelle —informó el sátrapa, altivamente—. De hecho, no veo a nadie por ninguna parte. Debe de ser un pueblo de vagos, para que estén aún en la cama.

—¿Nadie? —preguntó Malta, desesperada.

Sencillamente, no le quedaban más fuerzas para hacer este último esfuerzo. La tabla que blandía se le escapó de las manos y fue a parar al agua. Con cada nuevo instante que pasaba, el río los arrastraba más y más lejos. Malta alzó la mirada sobre la ciudad. Estaba cerca, mucho más cerca de lo que había estado hacía un momento. Y el sátrapa tenía razón. Salía humo rosa de un puñado de chimeneas, pero, a parte de eso, Casárbol parecía estar desierta. Una sensación de profundo malestar se adueñó de ella. ¿Dónde estaban todos? ¿Qué había sido del animado ajetreo a lo largo de las pasarelas y en las escaleras?

—¡*Kendry*! —gritó. Pero estaba sin aliento, débil. Las aguas veloces se llevaron su hilo de voz con ellas.

De repente, pareció que la compañera Kekki entendía lo que estaba pasando.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —chilló como una niña. Se levantó temerariamente en la barca, e hizo aspavientos con los brazos.

»¡Ayudadnos! ¡Salvadme! —El sátrapa echó pestes sobre ella mientras la barca oscilaba salvajemente. Malta se lanzó contra la mujer y tiró de ella hacia el interior del barco, lo que hizo que casi perdiera, de nuevo, el remo. Un vistazo a los alrededores le hizo ver que el tablón ya no les era de utilidad.

El barquito estaba bien, seguía fielmente la corriente del río. Se pasó rápidamente Casárbol.

—¡*Kendry*! ¡Ayuda! ¡Ayúdanos! ¡Aquí fuera, en el río! ¡Envía ayuda! ¡*Kendry*! ¡*Kendry*! —Sus gritos se iban apagando, mientras la desesperación se apoderaba de ella.

La nao rediviva no dio señales de haber oído palabra alguna. Un momento después, Malta se daba la vuelta para mirarla. Parecía absorta en pensamientos profundos; el mascarón de proa estaba orientado hacia la ciudad. Malta vio una silueta solitaria en una de las pasarelas, pero parecía tener prisa, y no se dio la vuelta ni una vez.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —Siguió gritando y agitando su tablón mientras pudo ver la ciudad. Los árboles que se asomaban sobre el río pronto formaron una cortina ante sus ojos. La corriente seguía arrastrándolos. Se sentó, derrotada, y se quedó inmóvil.

Malta observó los alrededores. Aquí, el río Pluvia era ancho y profundo; la otra orilla estaba, prácticamente siempre, envuelta por la neblina. Cuando miró por encima de la barca, vio que las aguas estaban grises y turbias. Sobre sus cabezas, el cielo azul estaba bordeado a ambos lados por la inmensidad de la selva tropical. No había nada más que debiera ser notado: ni más naves en las aguas, ni señales de asentamientos humanos a lo largo de las orillas. Como la fuerza de la corriente los alejaba inexorablemente de las orillas pantanosas, las esperanzas de ser rescatados disminuían. Aunque consiguieran llevar la barca hasta la orilla, estarían totalmente perdidos, río abajo, lejos de la ciudad. Los márgenes del río Pluvia eran cenagosos y pantanosos. Ir de vuelta a Casárbol sobre tierra firme sería imposible. Sus dedos, insensibilizados, dejaron caer el tablón en el suelo de la barca.

—Creo que vamos a morir —les dijo tranquilamente a los demás.

A Keffria, la mano le dolía horrores. Apretó los dientes, y se obligó a agarrar de nuevo las asas de la carretilla que los excavadores acababan de cargar. Cuando levantó las asas y empezó a hacerla rodar por el pasillo, lenta y ruidosamente, redobló el dolor de sus dedos cicatrizados. Lo agradeció. Se lo merecía. Al menos, los bordes brillantes de la herida la distraerían del dolor de su corazón. Los había perdido. En una noche, sus dos pequeños habían desaparecido. Estaba tan sola en el mundo como siempre había estado.

Se había aferrado a la duda tanto tiempo como había podido. Malta y Selden no estaban en Casárbol. Nadie los había visto desde el día anterior. Entre sollozos, un compañero de Selden había admitido que le había mostrado al chico un camino para entrar en la ciudad antigua, una vía de acceso que los mayores no habían considerado. Jani Khuprus no se había andado con rodeos. Pálida, con los labios apretados, le había dicho a Keffria que ese pasadizo en particular había sido abandonado porque el mismo Reyn lo había considerado peligrosamente inestable. Si Selden se había adentrado en los pasillos sepultados, si se había llevado a Malta con él, entonces se habían metido en el área que tenía más posibilidades de derrumbarse debido a un terremoto. Desde el amanecer, había habido al menos dos grandes temblores. Keffria había perdido la cuenta del número de temblores menores que había sentido. Cuando había suplicado que los excavadores fueran enviados por ese camino, estos se habían encontrado con que el pasadizo entero se había desplomado, hasta escasos peldaños de la entrada. Solo podía rezarle a Sa, esperando que sus muchachos hubieran llegado a alguna zona más resistente antes de que se hubiera producido el temblor de tierra, y que estuvieran juntos, acurrucados en alguna parte, esperando a ser rescatados.

Reyn Khuprus no había vuelto. Había abandonado a los excavadores antes de las nueve, porque se negaba a esperar a que despejaran los pasadizos y los

registraran. Había ido por delante de los equipos de rescate, ingeniándose para introducirse por un túnel que estaba derrumbado casi por completo, y desapareciendo en él. No hacía mucho que los equipos de rescate habían llegado al final de la línea con la que había ido señalizando su camino. Habían encontrado varias marcas de tiza, incluyendo una anotación que había dejado en la puerta de la cámara del sátrapa. «Desesperado», había escrito Reyn. Por debajo de la puerta, bloqueada, sobresalía una densa mugre; era probable que toda la habitación se hubiera llenado de ella. No lejos de la puerta, el pasadizo se había desplomado por completo. Si Reyn había pasado de allí, o bien lo habían aplastado las cataratas, o bien estaba atrapado más lejos.

Keffria emergió de entre sus recuerdos cuando sintió que le tocaban el brazo. Se dio la vuelta, para encontrarse de frente con la demacrada Jani Khuprus.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó Keffria, por costumbre.

—No —Jani pronunció muy despacio la terrible palabra. El temor a que su hijo hubiera muerto vivía en sus ojos.

»El pasillo se está llenando de mugre a la misma velocidad a la que tratamos de despejarlo. Hemos decidido abandonar. Los Ancianos no construyeron esta ciudad como nosotros hacemos las nuestras, con las casas apartadas las unas de las otras. Los Ancianos concibieron esta ciudad como una enorme colmena. Es un laberinto de pasadizos interconectados. Intentaremos llegar a esta zona desde otro punto. Las unidades ya están siendo desplazadas.

Keffria miró su carretilla cargada, y después, de nuevo, el pasadizo excavado. Las obras se habían detenido. Los trabajadores estaban volviendo a la superficie. Mientras Keffria observaba, un flujo de hombres y mujeres, sucios y cansados, fueron situándose a su alrededor. Sus rostros estaban apagados, debido a la suciedad y al abatimiento; iban arrastrando los pies. Las linternas y antorchas que llevaban goteaban y soltaban humo. Tras ellos, la excavación se había venido abajo. Entonces, ¿todo ese trabajo había sido inútil? Inspiró y preguntó tranquilamente:

—¿Dónde deberíamos cavar ahora?

Jani la observó con asombro.

—Se ha decidido que deberíamos descansar unas horas. Una comida caliente y algunas horas de sueño nos harán bien a todos.

Keffria la miró, incrédula.

—¿Comer? ¿Dormir? ¿Cómo podríamos hacer cualquiera de esas dos cosas con nuestros hijos desaparecidos?

La mujer de los Territorios Pluviales, en un arranque de pragmatismo, tomó el relevo de Keffria con la carretilla. Levantó las asas y comenzó a empujarla hacia delante. Keffria, a su pesar, se arrastró tras ella. La mujer no contestó a la pregunta de Keffria, salvo para decir:

—Enviamos palomas a algunos de los asentamientos cercanos. Los ganaderos y los agricultores de los Territorios Pluviales mandarán a trabajadores para que nos ayuden. Están de camino, pero tardarán algún tiempo en llegar. Estos trabajadores nuevos nos levantarán los ánimos. —Por encima del hombro, añadió:

»También nos ha llegado información de algunos de los otros equipos de excavación. Han tenido más suerte. Catorce personas fueron rescatadas de una zona que llamamos Las Obras de los Tapices, y tres más han sido descubiertos en los pasadizos de Las Joyas Flamantes. Han progresado más rápido en su trabajo. A lo mejor podemos acceder a nuestra zona desde alguno de estos lugares. Bendir ya está en contacto con aquellos que mejor conocen la ciudad.

—Pensé que Reyn conocía la ciudad antigua mejor que nadie —dijo Keffria con crueldad.

—Así era. Así es. Por eso es por lo que me aferro a la esperanza de que pueda estar vivo. —La mercader de los Territorios Pluviales le echó una mirada a su homólogo del Mitonar.

»Por eso es por lo que creo que si alguien puede encontrar a Malta y a Selden, ese es Reyn. Si los encontrara, no intentaría volver por aquí, sino por las partes más estables de la ciudad. Cada vez que respiro, rezo para que venga pronto alguien que nos dé la buena nueva de que han podido salir por su cuenta.

Habían alcanzado una espaciosa cámara que parecía un anfiteatro. Los equipos de trabajo habían estado vertiendo allí lo que sobraba. Jani inclinó la carretilla y dejó que la carga de tierra y rocas aumentara el montón desorganizado de la antigua gran sala. Su carretilla rodó hasta reunirse con las demás. Cerca de allí, los picos y las palas, cubiertos de barro, yacían amontonados. De repente, Keffria olió a sopa, café, y pan recién hecho. El hambre que se había estado negando despertó con un rugido. La repentina llamada de su cuerpo le hizo recordar que no había comido nada en toda la noche.

—¿Está amaneciendo? —le preguntó de repente a Jani.

»¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Me temo que ya amaneció hace rato —respondió Jani—. Cuando más necesito que el tiempo pase lentamente, más fugaz me parece.

En el fondo de la sala, habían dispuesto unas mesas y unos bancos. Los muy mayores y los muy pequeños trabajaban allí, sirviendo la sopa en platos, vigilando los pequeños calderos bajo las ollas burbujeantes, poniendo y retirando platos y vasos. La inmensa cámara se tragó los murmullos desanimados. Un niño de unos ocho años pasó deprisa con un barreño de agua humeante. Llevaba una toalla colgada de su brazo.

—¿Queréis lavaros? —les ofreció.

—Gracias. —Jani le tendió el barreño a Keffria. Se lavó las manos y la cara, y metió la cabeza dentro. El calor del agua le hizo darse cuenta del frío que tenía. Tenía la punta de los dedos empapada y rugosa.

—Esto no puede quedar así —comentó Jani, mientras Keffria se secaba. Jani se lavó, y le dio otra vez las gracias al niño, antes de guiar a Keffria hacia las mesas donde los médicos estaban ejerciendo su oficio. Algunos tan solo se ocupaban de aplicar pomadas a las manos quemadas, o a dar masajes a las espaldas doloridas, pero también había una zona en la que estaban siendo tratados los huesos rotos y las heridas sangrantes. La tarea de despejar el pasadizo derruido era peligrosa. Jani instaló a Keffria en una mesa para que esperara turno. Cuando Jani volvió con

pan recién hecho, sopa, y café para las dos, uno de los curanderos ya le estaba vendando otra vez la mano. El curandero terminó rápido, le dijo rudamente a Keffria que no debía hacer ningún trabajo manual, y se puso con el siguiente paciente.

—Come algo —le instó Jani.

Keffria cogió la taza de café entre las palmas de sus manos. El calor que desprendía era extrañamente reconfortante. Bebió un largo sorbo de café. Mientras dejaba la taza, recorrió el anfiteatro con la mirada.

—Todo está tan organizado —observó, confusa—. Como si os esperarais que esto fuera a suceder, y lo hubierais planeado todo en consecuencia.

—Lo hicimos —dijo tranquilamente Jani—. Lo único que saca a este derrumbamiento de lo ordinario es su magnitud. Normalmente, un buen temblor provoca algunos desprendimientos. Hay veces en las que un pasadizo se desploma sin razón aparente. Mis dos tíos murieron en derrumbamientos. Casi todas las familias de los Territorios Pluviales que trabajan en la ciudad pierden a uno o dos miembros de cada generación aquí abajo. Es una de las razones por las que Sterb, mi marido, se ha mostrado tan firme a la hora de pedirle ayuda al Consejo de los Territorios Pluviales para desarrollar fuentes de riqueza alternativas. Pero creo sinceramente que es el altruismo y no el interés propio lo que le hace trabajar tan duro para desarrollar los empleos de los ganaderos y de los agricultores. Insiste en que la colonia de los Territorios Pluviales podría satisfacer todas sus necesidades si considerara las riquezas de la selva. —Se humedeció los labios y sacudió la cabeza.

»Aun así, no tiene ningún sentido cuando dice: «os avisé a todos», siempre que ocurre algo de esas características. La mayoría de nosotros no quiere cambiar la ciudad enterrada por las bondades de la selva tropical. La ciudad, las excavaciones, la exploración: es todo cuanto conocemos. Los temblores de tierra como este son el peligro al que nos enfrentamos, al igual que vosotros, las familias que vivís del comercio marítimo, que sabéis bien que podéis perder a alguno de los vuestros en la mar.

—Es inevitable —concedió Keffria. Cogió su cuchara y empezó a comer. Tras unas cuantas cucharadas, la dejó de nuevo.

Jani, frente a ella, dejó su taza de café.

—¿Qué ocurre? —preguntó con calma.

Keffria guardó silencio durante un momento.

—Si mis hijos han muerto, ¿quién soy yo? —preguntó. Una calma fría brotaba de ella mientras hablaba.

»Mi marido y mi hijo mayor se han ido, están retenidos por piratas, a lo mejor ya han muerto. Mi única hermana se ha ido a buscarlos. Mi madre se quedó en el Mitonar cuando me fugué; no sé qué habrá sido de ella. Solo vine aquí por el bien de mis hijos. Ahora están desaparecidos, quizá ya muertos. Si solo sobrevivo yo... —Se detuvo, al verse en la incapacidad de formular un pensamiento que considerase esa posibilidad. La inmensidad de aquello la sobrepasaba.

Jani le dedicó una extraña sonrisa.

—Keffria Vestrit. Ayer por la mañana te ofreciste para dejar a tus hijos a mi cuidado y volver al Mitonar a espiar a los nuevos mercaderes para nosotros. Me parece que entonces sabías bien quién eras, independientemente de tu papel de madre o de hija.

Keffria apoyó los codos encima de la mesa y metió la cabeza entre sus manos.

—Y ahora parece que estoy siendo castigada por ello. Si Sa supiera que infravaloré a mis hijos, ¿sería posible que no me los arrebatase?

—Quizá. Si Sa tuviera otra faceta además de la masculina. Ahora, recuerda la antigua sabiduría de Sa. Hombres y mujeres, pájaros, bestias, y plantas, tierra, fuego, aire, y agua: Sa los honra a todos ellos y se manifiesta en todos ellos. Si el divino también es fémina, y si la fémina también es divina, entonces comprende que la mujer es más que una madre, más que una hija, más que una esposa. Esas son las caras de una vida plena, pero una sola cara no define la joya.

El antiguo conocimiento, que tanto la reconfortaba antes, ahora sonaba hueco en sus oídos. Pero los pensamientos de Keffria no se detuvieron mucho tiempo en ello. Un gran revuelo en la entrada de la cámara hizo que ambas giraran sus cabezas.

—Quédate sentada y descansa —le aconsejó Jani—. Voy a ver de qué va todo esto.

Pero Keffria no podía obedecerla. ¿Cómo podría quedarse tranquilamente sentada preguntándose si la interrupción era porque habían llegado noticias de Reyn, o de Malta, o de Selden? Se alejó de la mesa y siguió a la comerciante de los Territorios Pluviales.

Unos excavadores, cansados y sucios, se agruparon alrededor de cuatro jóvenes que acababan de dejar en el suelo sus cántaros de agua fresca.

—¡Una dragona! ¡Una enorme dragona plateada, así te lo digo! Voló justo sobre nosotros. —El chico más alto habló como si estuviera desafiando a su público a que lo contradijera. Algunos de los trabajadores lo miraron perplejos, mientras que a otros pareció disgustarles aquel cuento.

—¡No está mintiendo! ¡Lo hizo! ¡Era real! ¡Tan brillante que me costaba mirarla! Pero era azul, de un azul centelleante —corrigió un joven.

—¡Azul plateado! —convino un tercer chico—. ¡Y mayor que una nave! —La única chica del grupo guardó silencio, pero sus ojos brillaban de excitación.

Keffria le echó una ojeada a Jani, esperando encontrarse con su mirada aburrida. ¿Cómo podían esos chavales atreverse a llegar con una historia tan frívola cuando había vidas humanas en juego? En vez de eso, el rostro de la mujer de los Territorios Pluviales había palidecido.

—¿Una dragona? —dijo con voz temblorosa—. ¿Visteis una dragona?

El chico alto intuyó en Jani un oído comprensivo, y se abrió camino entre la multitud, hacia ella.

—Era una dragona, como las de los frescos. No me lo estoy inventando, mercader Khuprus. Algo me hizo alzar la vista, y ahí estaba. No podía creer lo que veían mis ojos. ¡Volaba como un halcón! ¡No, no, como una estrella fugaz! ¡Era tan bonita!

—¡Una dragona! —repitió Jani, atontada.

—¡Madre! —Bendir estaba tan sucio que Keffria apenas lo reconoció mientras se abría paso entre la muchedumbre. Le echó una mirada al chico que estaba de pie delante de Jani, y después al rostro conmocionado de su madre.

»Has oído bien. Una mujer que estaba arriba, cuidando de sus hijos, mandó corriendo a un chico a contarnos lo que había visto. Una dragona azul.

—¿Puede ser verdad? —preguntó Jani con la voz entrecortada—. ¿Puede ser que Reyn haya tenido razón durante todo este tiempo? ¿Qué significa esto?

—Dos cosas —contestó Bendir lacónicamente—. He mandado investigadores por las tierras, allí donde me pareció que la criatura podía haberse escapado de la ciudad. Por la descripción, es demasiado grande como para haberse movido por los túneles. Ha debido de salir de la cámara del Gallo Coronado. Tenemos una idea aproximada de dónde está. Debe de haber alguna señal de Reyn allí. Por último, puede que haya otra vía por la que podamos entrar a la ciudad y buscar supervivientes. —Los murmullos crecieron con sus palabras. Algunos expresaban incredulidad, otros esperanza. Levantó la voz para ser oído por encima de ellos.

»Y la otra cosa es que debemos recordar que esta bestia podría ser nuestra enemiga. —Como el chico que tenía a su lado comenzó a protestar, Bendir le avisó:

»No os fiéis de lo fascinante que pueda parecer, porque puede guardarnos rencor. No sabemos prácticamente nada de la verdadera naturaleza de los dragones. No hagáis nada para enfadarlos, pero no deis por supuesto que son las criaturas benignas de los frescos y mosaicos. No atraigáis su atención sobre vosotros.

El ruido de las conversaciones aumentó en la habitación. Keffria agarró la manga de Jani con desesperación. Habló entre el barullo:

—Si Reyn se encontrara allí... ¿crees que Malta podría estar con él? —Jani la miró directamente a los ojos.

—Es lo que él temía —dijo—. Que Malta hubiera ido a la cámara del Gallo Coronado. Y al dragón que dormía allí.

—Nunca había visto nada tan bonito. ¿Crees que volverá? —susurró, debido a la debilidad, y a que se sentía intimidado.

Reyn se dio la vuelta para mirarlo. Selden se agachó sobre una isla de escombros que estaba sobre el fango. Alzó la mirada hacia la ventana que tenían sobre ellos, con la cara transfigurada después de lo que acababa de presenciar. La dragona, recién liberada, se había ido, ya la habían perdido de vista, pero el muchacho seguía buscándola en el cielo.

—No creo que debamos contar con que vuelva y nos salve. Creo que eso solo va a depender de nosotros —dijo Reyn, haciendo gala de su pragmatismo.

Selden negó con la cabeza.

—Oh, no quise dar a entender eso. No esperaba que se hubiese fijado tanto en nosotros. Ya contaba con que tendríamos que salir solos de esta. Pero me gustaría

verla, solo una vez más. Era toda una maravilla. Todo un gusto. —Volvió a alzar la vista hacia el techo perforado. A pesar de la suciedad y de la mugre que cubría su cara y sus ropas, la expresión del chico era luminosa.

El sol se filtró por la habitación en ruinas, aportando poca luz, pero un poco de calor adicional. Reyn ya no alcanzaba a recordar cómo se sentía uno estando seco, y menos aún estando caliente. El hambre y la sed lo atormentaban. Conseguir que se moviera no era fácil. Pero sonrió. Selden tenía razón. Una maravilla. Un gusto.

La bóveda de la cámara enterrada del Gallo Coronado estaba fracturada, como la parte superior de un huevo pasado por agua. Se colocó encima de algunos escombros caídos, y alzó la vista hacia las raíces colgantes de los árboles y la pequeña ventana de cielo. La dragona había escapado por allí, pero dudaba de que Selden y él pudieran hacerlo. La habitación se estaba llenando rápidamente de mugre: las aguas pantanosas se infiltraban en la ciudad, que llevaba tanto tiempo combatiéndolas. El flujo de barro y de agua fría se los tragaría mucho antes de que encontraran un modo de alcanzar la salida que estaba sobre ellos.

Por muy negra que se presentara la situación, le seguía maravillando el recuerdo de la dragona, que había emergido tras siglos de espera. Los frescos y mosaicos que había visto durante toda su vida no lo habían preparado para la realidad de lo que era un dragón. La palabra «azul» había ganado un nuevo significado con el brillo de sus escamas. Nunca olvidaría cómo sus inmensas alas habían ganado fuerza y tonalidades mientras las bombeaba. El hedor a serpiente que había dejado con su transformación todavía estaba suspendido en la humedad del aire. No podía ver ningún vestigio del tronconjuro que la había retenido. Parecía haberlo absorbido todo durante su transformación en dragona adulta.

Pero ahora se había ido. Y Reyn y el chico todavía tenían que afrontar la cuestión de su supervivencia. Los terremotos de la noche anterior habían terminado por fracturar los muros y los techos de la ciudad hundida. La única vía de escape estaba en las alturas, en un recuadro de cielo azul.

El barro mojado burbujeó en los bordes del trozo de bóveda en el que Reyn se mantenía. Terminó por ganarle la partida, al tragarse los bordes del cristal y avanzar hacia sus pies desnudos.

—Reyn —Selden tenía la voz ronca debido a la sed. El hermano pequeño de Malta se subió a una isla de escombros que se iba hundiendo despacio. Cuando la dragona, buscando una salida, lo había revuelto todo, había removido escombros, tierra, e incluso un árbol. Habían caído en la cámara sepultada y algunos de ellos todavía flotaban sobre la marea creciente de barro. El muchacho frunció el ceño mientras esperaba a que su sentido común aflorara de nuevo.

»A lo mejor podríamos levantar este árbol y apoyarlo contra el muro. Luego, si lo escalamos, podríamos...

—No tengo la fuerza suficiente. —Reyn lo interrumpió, e hizo trizas el plan optimista del chico.

»Aunque fuéramos lo suficientemente fuertes como para levantar el árbol, el barro es demasiado blando como para soportar mi peso. Pero quizá seamos capaces de romper algunas ramas y hacer una especie de balsa. Si conseguimos repartir lo suficiente nuestro peso, podremos permanecer encima de todo esto.

Selden alzó una mirada llena de esperanza al agujero por donde se colaba la luz.

—¿Crees que el barro y el agua llenarán esta cámara y nos elevarán hasta ahí arriba?

—Puede —dijo Reyn de buena fe, mientras se recostaba. Alejó de sí la idea de que el barro podía detenerse mucho antes de llenar la cámara. Probablemente se ahogarían cuando la marea creciente los tragara. De lo contrario, terminarían por morir de hambre. El pedazo de bóveda bajo sus pies se estaba hundiendo con rapidez. Era el momento de abandonarlo. Saltó hasta un montón de musgo y de tierra caída, con lo que solo consiguió hundir los pies en el barro. Era más blando de lo que había pensado. Se lanzó hacia el tronco de árbol, cogió una de sus ramas, y se tendió sobre él. Ahora, el fango cubría al menos hasta la altura del pecho de un hombre, y tenía la consistencia de las gachas. Si se hundía dentro, moriría en este frío agujero. Sus movimientos lo habían acercado mucho a Selden. Extendió una mano en dirección al chico, que saltó de su isla, cayó por un momento, y luego pataleó en el barro acuoso hasta que Reyn lo alcanzó. Tiró de él para subirlo al tronco del árbol caído. El muchacho, que tiritaba, se acurrucó contra Reyn. Tenía la ropa pegada al cuerpo, por culpa del barro, que también cubría su rostro y su pelo.

—Ojalá no hubiera perdido mis herramientas y mis provisiones. Pero ya hace tiempo que están sepultadas. Tendremos que partir estas ramas lo mejor que podamos y apilarlas en un buen montón.

—Estoy tan cansado. —El chico lo constató como un hecho, no como una queja. Le echó una mirada a Reyn, y luego bajó los ojos.

»No tienes tan mal aspecto, incluso de cerca. Siempre me pregunté cómo serías bajo ese velo. En los túneles, sólo con la vela, no podía ver bien tu cara. Luego, anoche, cuando tus ojos estaban encendidos de azul, primero tuve miedo. Pero después de un rato, era como..., bueno, me alegraba de verlos y de saber que seguías allí.

Reyn se rió.

—¿Mis ojos se encienden? Por regla general, esto no pasa hasta que un hombre de los Territorios Pluviales no se hace mucho mayor. Lo aceptamos simplemente como el símbolo de que está alcanzando la plena madurez.

—Oh. Pero, bajo esta luz, pareces casi normal. No tienes muchas de esas cosas brillantes. Solo algunas escamas alrededor de tus ojos y de tu boca. —Selden lo miró con franqueza.

Reyn sonrió abiertamente.

—No, aún no tengo ninguna de esas cosas brillantes. Pero también pueden llegar cuando me vaya haciendo más mayor.

—Malta tenía miedo de que fueras a estar cubierto de verrugas. Algunos de sus amigos la chinchaban con eso, y ella se enfadaba. Pero... —De repente, Selden pareció darse cuenta de que no estaba teniendo mucho tacto.

»Al principio, quiero decir, cuando empezaste a cortejarla, se preocupó mucho. Después, no ha hablado demasiado de ello —lanzó para animarlo. Le echó una mirada a Reyn y luego se alejó de él por el tronco de árbol. Cogió una rama y tiró de ella.

»Estas van a ser difíciles de romper.

—Imagino que habrá tenido otras cosas en la cabeza —murmuró Reyn. Las palabras del chico le habían herido en el alma. ¿Acaso su apariencia era tan importante para Malta? ¿Se la ganaría con sus hazañas, solo para comprobar como se alejaba de él cuando le viera la cara? La amargura se apoderó de él. A lo mejor ya estaba muerta, y no lo sabría nunca. A lo mejor él moriría, y ella nunca le vería la cara.

—¿Reyn? —aventuró Selden, con voz insegura—. Creo que lo mejor será que trabajemos en lo de estas ramas.

Reyn se dio cuenta en ese instante de todo el tiempo que se había quedado ahí, en silencio. Era el momento de dejar a un lado los pensamientos inútiles y de intentar sobrevivir. Tomó una rama gruesa entre sus manos y partió una ramilla.

—No trates de partir la rama entera de una vez. Ve cogiendo ramillas. Las apilaremos ahí. Queremos entrelazarlas, como para hacer un techo de paja.

Un nuevo temblor de tierra interrumpió sus palabras. Se agarró al tronco de árbol, indefenso, mientras una tromba de tierra le llovía encima desde el techo fracturado. Selden chilló y levantó los brazos para proteger su cabeza. Reyn recorrió todo el tronco de una vez para alcanzarlo y protegerlo con su cuerpo. La antigua puerta de la cámara chirrió y, de repente, estallaron las bisagras. Había cedido. Una ola de barro y agua inundó la habitación.